

tellano en 1960] y «A Sancho Panza», que comienza con el dodecasílabo «Sancho-bueno, Sancho-arcilla, Sancho-pueblo», que repetirá dos veces más, junto a Sancho-vulgo, Sancho-tierra, Sancho-ibero, Sancho-patria y Sancho-obrero: poema de exaltación e impulso, de fe y esperanza en la arcilla popular, en el hermano Sancho, en el pueblo siempre vivo e imbatible.

La abundante y rica presencia cervantina y quijotesca en la literatura española del siglo XX, desde los hombres del 98, desemboca en estos poetas testimoniales y solidarios de los años cincuenta. Pero es toda la temática española, el «tratar de España» de Otero, Celaya y tantos otros poetas contemporáneos —por ejemplo, Eugenio de Nora, que en 1954 había publicado *España, pasión de vida*, escrito entre 1945 y 1950 y publicado en su mayor parte entre 1945 y 1949 en varias revistas, entre otras, la leonesa *España*—, la invocación y apelación constantes a todo lo español, hombres y paisajes, remite directamente a poetas como Antonio Machado y Miguel de Unamuno, que encabezan una nómina muy nutrida en la poesía española contemporánea.

No puede cerrarse el estudio de *Pido la paz y la palabra* en su condición de «Libro I» de *Que trata de España* sin señalar las concretas referencias vascas que en él aparecen: además de la mención de Bilbao, en donde fecha y firma su confesión y su ofrenda dirigidas *A la inmensa mayoría*, el poema «Muy lejos» es un duro testimonio de esa ciudad, la suya, aunque sin nombrarla («Laboriosa ciudad, salmo de fábricas / donde el hombre maldice, mientras rezan / los presidentes del Consejo: oh altos / hornos, infiernos hondos en la niebla»); sí menciona, en cambio, al río Nervión. Hay que advertir, sin embargo, que este poema fue incluido en *Pido la paz...* en la edición de 1975 (*El Bardo* núm. 101, Editorial Lumen, Barcelona), figurando antes dentro del libro siguiente, *En castellano*, que todavía conservaba en 1969, en el amplio volumen antológico *Expresión y reunión* (Ediciones Alfaguara), preparado por el propio poeta. Otro poema vasco del libro de 1955 es *Gallarta* («Vizcaíno es el hierro —el mar, cantábrico—, / ...»), presidido por una cita de Tirso de Molina: «el hierro es vizcaíno, que os encargo, corto en palabras, pero en obras largo».

Y añadamos, finalmente, que la reciente edición de 1975 termina con un texto muy posterior, «Hojas de Madrid», perteneciente al libro del mismo nombre, escrito en 1968 y 1969 e inédito como libro. No se trata, sin embargo, de un poema inédito: en la ya citada antología *Expresión y reunión* abre la serie de doce poemas pertenecientes a «Hojas de Madrid», aunque ahí el título del poema es «Túmulo de gasoil», y lo sigue siendo en las también antologías e igualmente preparadas por el poeta, aunque mucho más breves, *Verso y prosa* (Edi-

ciones Cátedra, Madrid, 1974) y *Poesía con nombres* (Alianza Editorial número 637, Madrid, 1977), es decir, dos años después, esta antología temática, de la última y citada edición de *Pido la paz y la palabra*. Acorde con el título del libro, centra el poema, Madrid, su cielo, su plaza de Oriente, sus escritores (Mesonero, Lope, Galdós y Quevedo), pero la crítica punzante del poeta deshace el tópico («bajo este cielo de Madrid ahumado por cuántos años de quietismo»), deja constancia de la realidad nada brillante, del mediocre, colonizado y casi irrespirable presente («inefable Madrid infestado por el gasoil, los yanquis y la sociedad de consumo»). Además, la sabiduría poética de Blas de Otero estructura este poema dentro del viejo tópico del *ubi sunt?*, con referencias explícitas a las coplas manriqueñas: «Hojas sueltas, décidme, qué se hicieron / los Infantes de Aragón, Manuel Granero, la pavana para una infanta, / ...», versos iniciales a los que más adelante, y tras esa asociación caótica de componentes, se unen las «ropas chapadas» —en contraste con las «faldas en microsurco, y manillas brillantes y sandalias de purpurina»—, «el rocío de los prados», y la mención misma del poeta, vitalmente, rabiosamente irrespetuosa («ciudad donde Jorge Manrique acabaría por jodernos a todos»), y de su padre («... don Rodrigo en su túmulo de terciopelo y rimas cuadrículadas», fin del poema).

Publicado en 1960 por las Ediciones de la Universidad de México, *En castellano* es incluido en el mismo año con *Pido la paz y la palabra*, en el volumen *Con la inmensa mayoría* (Biblioteca Contemporánea número 289, Editorial Losada, Buenos Aires). La primera edición, realmente, es la aparecida en París en 1959 con el título *Parler clair*. En su reciente y última aparición (Colección de poesía *El Bardo* núm. 125, Editorial Lumen, Barcelona, 1977), algunos pequeños cambios: la desaparición de dos breves poemas y la sustitución del ya citado «Muy lejos» —que ha pasado, como se ha visto, a *Pido la paz...*— por otro poema «bilbaíno» titulado precisamente «Bilbao», incluido en 1969 en *Expresión y reunión*, dentro de *Hojas de Madrid* (1968-69), a continuación del acabado de comentar «Túmulo de gasoil»; también figura «Bilbao» en *Poesía con nombres* (1977), formando parte de *Expresión y reunión*. Sólo en otros dos poemas de *En castellano* aparece alguna mención vasca: el mismo nombre Bilbao, en una enumeración de cuatro ciudades, junto a Madrid, París y Barcelona, en *Ruando*, «rondando calle y plazas» por esas «ciudades / que vi, viví, ...», y el nombre de *Vizcaya* en el poema «Caniguer», uno de los últimos del libro, en donde frente al «Tibidabo / hablando viendo / la tierra que me faltaba para escribir mi patria es también Europa y poderosa», entrando «por el Arc de Bará / de repente remonto todo tránsito el hondo / Ebro /

a brazos retorno arriba a ti / Vizcaya / árbol que llevo y amo desde la raíz / y un día fue arruinado bajo el cielo». Con su lenguaje roto y apretado, quebrado y sintético, la llamada de la tierra, la vuelta a los orígenes brota incontenible, simbolizada en ese árbol (¿de Guernica?), y unida siempre a la denuncia de la destrucción y la ruina. Esta doble actitud, estos dos sentimientos de amor y repulsa, contradictorios y complementarios, se expresan claramente en el citado *Bilbao*, «... ciudad donde nací, turbio regazo / de mi niñez, húmeda de lluvia / y ahumada de curas, / ...», que «no eras digna de mi palabra, / sino para insultarte, ...»; pero, al mismo tiempo, es la llamada, la añoranza, desde otras ciudades, «... porque sólo tú sostienes mi mirada, / das sentido a mis pasos / sobre la tierra...», y así, en Madrid, París, Moscú, Shanghai, La Habana, «tenía necesidad de recordarte», le dice a su ciudad, al Bilbao «con la mejilla manchada por la más burda hipocresía», pero «donde, muy lejos, muy lejano, se escucha el día de la venganza alzándose con una rosa blanca junto al cuerpo de Martí». A través de la Revolución cubana, que el poeta vivió, se une la turbia ciudad del pasado y el presente con la de un mañana liberador, simbolizado en el nombre y el ejemplo de José Martí. «Bilbao» es un poema de contrapunto pasado-presente («Yo, cuando era joven, / te *ataqué* violentamente, / te *demacré* el rostro, / ...», y «esta noche / no *puedo* dormir, y *pienso* en tus tejados, / me *asalta* el tiempo huído entre tus calles, / y te *llamo* desoladamente desde Madrid, / ...»; presente-pasado («*recuerdo* que en París aún me *ahogaba* tu cielo / de ceniza, / luego *alcancé* Moscú...», etc.) (los subrayados son míos), para terminar con una premonición y esperanza de futuro. La tierra vasca, su mar, Bilbao, su río, tendrán una presencia destacada, como se verá más adelante, en *Que trata de España*, continuando en algún libro posterior.

Como el primer poema de *Pido la paz y la palabra*, «A la inmensa mayoría», el inicial de *En castellano*, sin título, que empieza con las mismas palabras de aquél («Aquí tenéis...») y termina con otras similares, reiterando el presente y el lugar, es una invocación apasionada a la paz («Labraremos la paz, la paz, la paz...»), una voluntad de alegría contra el sufrimiento de voz, una afirmación de «voz zarpando hacia el futuro», de «voz escrita en castellano». Establecía de esta forma Otero la conexión más evidente entre los dos libros, lo que este segundo tenía de continuación y complementariedad del primero, para terminar invocando al país, a la patria, para recordarle todo el dolor compartido: «España, no te olvides que hemos sufrido juntos.» Desde este poema prologal, obertura de todo el poemario, España o «mi patria», en sus paisajes y en sus hombres, sus ciuda-